

## **Félix lo Pudo... ¿Por Qué no Tú?**

Lo conocí en un congreso de jóvenes. Avanzaba por el pasillo del salón en compañía de un escritor amigo nuestro, hacia el lugar donde yo estaba. Al verlo, fue tan intensa mi compasión, que un escalofrío me recorrió la columna vertebral. A medida que se acercaban pude ver mejor su figura pequeña y contrahecha. Sentí que me dolía cada músculo y tendón del cuerpo.

El escritor le dirigía la palabra con amable naturalidad y él le contestaba sonriente. Caminaban despacio, nuestro amigo acomodando el paso al andar del inválido que se apoyaba en sus muletas. Al fin se detuvieron delante de mí. El escritor, sonriendo complacido, me dijo: "Quería tener el gusto de presentarle personalmente al joven Félix Heredia".

Ya Félix había apoyado sobre un asiento la muleta que sostenía su hombro derecho, y me tendía la mano. Su apretón fue enérgico y amistoso. Y conversamos. A los pocos instantes me había olvidado de su cuerpo. Sólo miraba su rostro: frente amplia, grandes ojos de mirar inteligente y sereno, boca firme y sonriente. Desde el mentón hacia arriba, todo era más que normal: admirable.

Después de hablar unos momentos con él, me convencí de que no sólo su mirada era inteligente. Toda su conversación revelaba una mente enriquecida por el estudio, la buena lectura y la reflexión. Ni en sus palabras ni en su actitud había un solo indicio de complejos o nerviosidad. Parecía que él mismo había olvidado por completo su figura desde mucho tiempo atrás. ¿Cómo lo había logrado?

Después de ese primer encuentro lo seguí observando. Se notaba que disfrutaba inmensamente de todo lo que se hacía y decía en ese congreso juvenil, como también del trato con los numerosos delegados, jóvenes y adultos. ¿Sería así en realidad?... No cabía la menor duda: se acercaba a todos con naturalidad y sin titubeos, e intervenía en sus conversaciones, espontánea y entusiastamente.

"He aquí un caso digno del estudio de un buen psicólogo", me decía con bastante desconcierto y mucho interés.

Después de varios años, durante los cuales no volví a ver a Félix, los vaivenes de la vida me llevaron a desempeñar actividades docentes en una institución de otro país. Entre mis alumnos de literatura estaba Félix. Entonces pude comprobar que la convicción nacida de nuestra primera conversación era acertada: el joven poseía una inteligencia clara y vigorosa, inclinada al raciocinio filosófico, natural en las personas que han sufrido y han necesitado adoptar cierta filosofía de la vida que les permita superar sus limitaciones y convivir con los demás.

¡Y bien que sabía convivir con sus condiscípulos sin esperar ni permitir que lo trataran como a un ser distinto! Además, se reafirmó mi convicción de que los jóvenes en general tienen ciertas actitudes, un comportamiento y una psicología admirables para con sus compañeros que sufren desventajas de alguna naturaleza. Los varones lo trataban como si en todo fuera igual a ellos: jugaban rudamente con él aunque nunca lo dañaban, discutían, le contradecían y se acaloraban como con cualquier otro. Por supuesto, el trato era recíproco... A veces hasta le hacían jugarretas al parecer crueles: esconderle por un rato las muletas, por ejemplo. Pero todos eran sus amigos. Cuando lo atacaba una bronquitis aguda, lo que ocurría con frecuencia porque su pequeña capacidad torácica y la debilidad del corazón lo perjudicaban en los crudos inviernos del lugar, sus condiscípulos, con la mayor naturalidad, se turnaban para atenderlo, llevarle la comida y hacerle un poco de compañía. Pero Félix tuvo que recorrer penosamente su largo y áspero viacrucis hasta adquirir la saludable actitud mental y social que hemos descrito. Nació con una distrofia muscular generalizada, de modo que estuvo bajo atención médica desde su más tierna infancia. Debido a la debilidad de los músculos, la columna empezó a desviarse. Desde los dos años hasta los seis, vivió con el tronco enyesado periódicamente. Corregida en apariencia la anormalidad, los padres abandonaron la ciudad y fueron a vivir en el interior, donde poseían casa y terreno. Pero, poco a poco, el niño se fue encorvando hasta convertirse en un lisiado. Entonces la familia se radicó definitivamente en la capital y el chico fue sometido a un tratamiento más enérgico.

A los diez años ingresó en una escuela para niños lisiados donde recibió tratamientos fisioterápicos, se le aplicó un corsé ortopédico y se lo alimentó adecuadamente. Al mismo tiempo completó los cursos de la enseñanza primaria, y aprendió cestería, dactilografía, encuadernación y otros oficios manuales. La mejoría en la condición física del niño era promisoría.

Desgraciadamente, a los 13 años, por causa de un lamentable accidente, sufrió horribles quemaduras en los hombros y en la espalda. Sanó de ellas... ¡después de 30 meses de total inmovilidad en un hospital! Duran te ese lapso, la distrofia muscular había hecho su obra; y desde entonces, el cuerpo del joven siguió deformándose hasta que necesitó muletas para caminar. Más tarde consiguió un triciclo para lisiados, que le ayudaba a trasladarse de un lugar a otro, siempre a distancias cortas. Es claro que no lo podía usar cuando llovía, soplabla viento o hacía mucho frío, porque el vehículo carecía de toldo y de cualquier otro abrigo. Cuando lo conocí, ya el mal de Félix era un "caso irremediable".

En cuanto a los varios oficios que aprendió, puede ocuparse en cualquiera de ellos sólo por corto tiempo, porque la posición y aun el movimiento continuado de manos y brazos le ocasionan tremendos sufrimientos. A pesar de ello, siempre trabaja, especialmente en la encuadernación, tanto como le permiten sus fuerzas, para ayudarse a ganar el diario sustento.

A pesar de los obstáculos y sacrificios que le causa su condición, completó la enseñanza secundaria y continúa siempre adquiriendo nuevos conocimientos.

Se preguntará el lector si Félix está formado de la pasta de los seres excepcionales para hacer frente a su desdicha con tal optimismo y entereza...

No. Como era inteligente, desde niño se fue dando cuenta de su tragedia, y a medida que crecía era más consciente del progreso de su deformidad. Y tal vez la realidad más cruel era comprobar que tenía una mente vigorosa y fructífera en el cuerpo deteriorado de un inválido.

Vivió varios años sombríos en que la rebelión y la amargura le corroían el alma, con largos períodos de profunda depresión y desaliento.

Pero, cuando tenía unos 17 años, manos amigas colocaron en las suyas las Sagradas Escrituras, y personas bienhechoras le enseñaron a estudiarlas y a encontrar en sus páginas la luz que fue disipando las sombras del pesimismo y desterrando su desesperación.

La fe y la confianza en Dios le infundieron valor, y halló consuelo en un nuevo sentimiento: el amor al prójimo. En el afán de hacer bien a sus semejantes y utilizar sus talentos para beneficiar a otros, se fue olvidando de su propia tragedia; y aun el sufrimiento físico le resulta hoy más llevadero.

Siempre se lo ve activo y entusiasta, ocupado en su obra de bien. Sabe que su mal se agrava irremediablemente con el transcurso del tiempo; pero ya no siente rebeldía ni amargura. Tampoco teme la muerte.

Piensa como el gran apóstol Pablo que, "aunque este nuestro cuerpo exterior se va desgastando, el interior empero se renueva día tras día".